

El cielo crepitaba insistente, despidiendo de vez en cuando pequeñas centellas, como fuegos de artificio minúsculos. Sentado en aquel banco poco confortable oía el murmullo de los mirlos, que iban apagándose a medida que iban extendiéndose las sombras del anochecer, sobre las partes más bajas del frondoso bosque.

Noté la sensación de que no estaba solo, me volví: acababa de llegar, por la parte posterior de la vieja cabaña, un personaje alto con una tremenda y depolorada mochila. Pasado el mutuo asombro inquirió:

-¿Qué desea usted?

-Buena, pensaba no encontrar persona alguna en esta cabaña tan solitaria.

-¿Conocía ya usted este sitio?

-Sí, a menudo vengo de excursión por aquí.

-Por favor, tome asiento.

-¿Fuma usted?

-No, gracias no me apetece.

-¿No le molestará que fume?

-No, de ninguna manera. Voy a cenar mientras acaba de oscurecer. Sacó el hombre de sus mochilas unas latas, unas rebanadas de pan tierno y unas botellitas de vino.

-¿Quiere acompañarme en la comida?

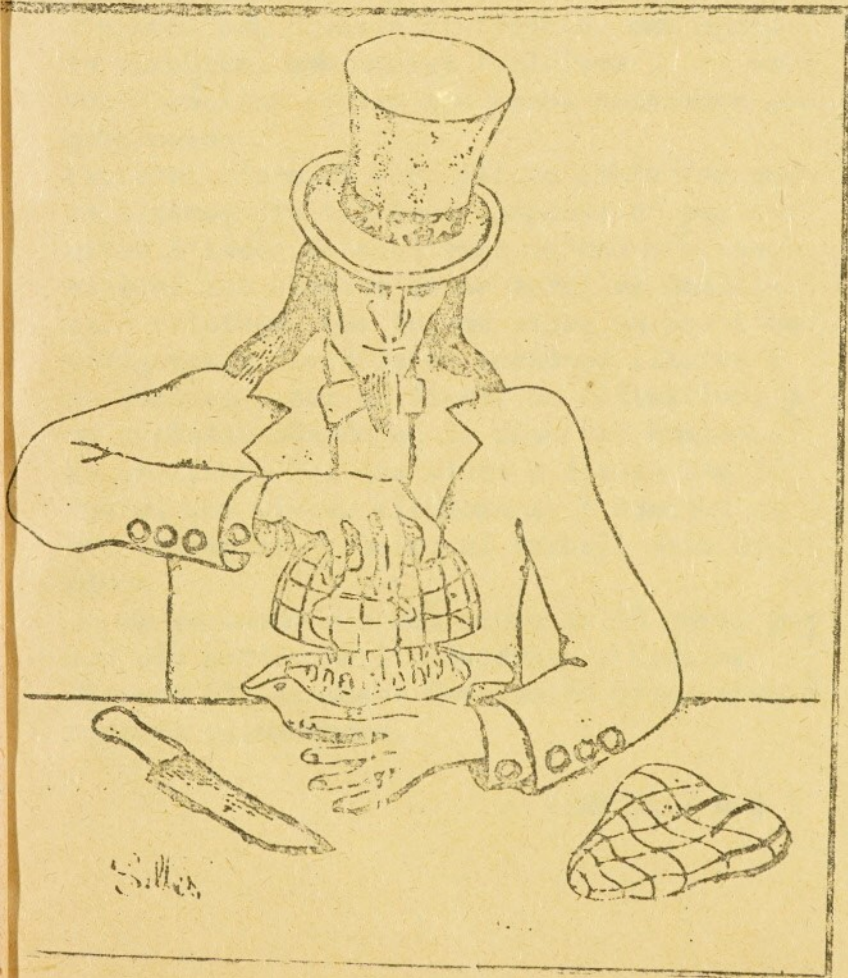
-Con mucho gusto, siempre que usted acepte mi petición; Dormiré aquí?

-Sí. Si usted me permite, pierdo pasar la noche en la cabaña.

-Gustoso de que me acompañe

Fue una comida frugal y reposada. Yo me sentí bien acompañado con la presencia del desconocido, que, por su aspecto y equipaje, parecía un señor bastante acomodado, que no buscaba otra cosa que un buen descanso lejos de la turbia ciudad.

Jaume Illa 7º B



Per Sant Jordi  
 espiga l'ordi,  
 per Sant Marc  
 espiga el blat.  
 Si no plou per  
 Sant Jordi  
 "turruc" ordi.